

## **“SI A LA ECONOMÍA LE VA TAN BIEN, ¿POR QUÉ A MÍ ME VA TAN MAL?”**

Cecilia Perla

*Jurgen Schuldt (Bonanza macroeconómica y malestar microeconómico. Lima: CIUP, 2005, p. 315) no es el único que se hace esta pregunta en estos tiempos. Sólo escuchamos de altas tasas de crecimiento económico, incrementos extraordinarios en nuestras exportaciones, reducción de la pobreza extrema: el Perú parece hacerse un lugar en el Cuadro de Méritos internacional. Pero, si todo anda tan bien, ¿por qué no se siente en nuestros bolsillos? La ausencia de un reflejo microeconómico de la prosperidad macroeconómica constituye el punto de partida de este libro.*

Pero más allá del mero punto de partida, interesante en sí mismo, lo que me atrajo del libro es su tono, su actitud. Asequible e interesante, el autor está preocupado por situarnos en el contexto político para que el lector encuentre el sentido a los gráficos, datos y análisis que se presentan. Con anécdotas, citas y digresiones pertinentes, el texto envuelve al lector y mantiene su atención, sin exigir estudios de doctorado ni conocimiento de las últimas técnicas econométricas de nuestra parte. Finalmente, encontrarnos hoy – que crecemos y las cosas parecen andar bien – con los mismos patéticos niveles de bienestar de hace 15 años – en plena hiperinflación y crisis política–, es un hecho sorprendente que puede despertar la curiosidad de legos y expertos a la vez. El texto de Schuldt no desanima a nadie que quiera considerar un momento este tema.

¿Por qué tenemos esta aparente “paradoja de la felicidad” (Easterlin: 1974)? ¿Por qué no parecen suficientes para nuestros ánimos los “47 meses de sostenido crecimiento económico”? En forma sencilla, descubrimos que el crecimiento del PIB puede no reflejarse en el incremento del bienestar percibido por las personas por una serie de razones: la medición del PIB es defectuosa; existe un retraso en la relación (el mayor ingreso de hoy recién me da felicidad mañana); la relación entre ingreso y bienestar no es lineal (cien soles adicionales significa más para mi bienestar si mi sueldo es de S/. 400 que si es de S/. 40,000); es el consumo y no el ingreso lo que aumenta el bienestar (si gano más pero me suben los impuestos o debo pagar deudas anteriores, no he mejorado); sin contar, claro está, con toda una gama de elementos involucrados con nuestros niveles de felicidad que no pertenecen, gracias a dios, al reino de las variables macroeconómicas.

El libro nos presenta una serie de teorías (más que contradictorias, complementarias) que explicarían por qué se da esta aparente paradoja. Ante nuestros ojos se despliegan las hipótesis del umbral del ingreso, adaptación hedónica, las hipótesis del ingreso relativo en el tiempo y en el espacio social, las crecientes aspiraciones de los individuos, el efecto de las externalidades negativas sobre el bienestar, los bienes relacionales, las necesidades

axiológicas y la teoría de los referentes conceptuales<sup>1</sup>. Con este marco conceptual, el autor nos trae de regreso a la realidad, a nuestros datos de felicidad<sup>2</sup> y nuestras variables macroeconómicas. Claramente, para el caso de Lima Metropolitana, el crecimiento del PIB va por un lado y la satisfacción personal por otro. Pero poco a poco, el autor va refinando las variables macro utilizadas hasta quedarse con algunas que sí parecerían relacionarse con la satisfacción individual: empleo, condiciones laborales y remuneraciones. Adicionalmente, Schuldt identifica una serie de indicadores políticos (como la desaprobación presidencial) muy vinculados a los niveles de bienestar de la población. Pero entonces, ¿existe efectivamente una “paradoja de la felicidad”? resulta que los índices de bienestar subjetivo tienden a moverse en la misma dirección y con la misma intensidad que los sueldos y salarios (p.163), que mientras el PIB crecía, el empleo y el bienestar subjetivo se estancaban (p.180), y que mayores niveles de desaprobación presidencial coinciden con menores niveles de bienestar (p. 286). Así, los conocidos fenómenos del crecimiento sin empleo, la precarización de las condiciones laborales, el estancamiento de los sueldos y salarios, y una sensación de terrible incoherencia política en los últimos veinte años serían los responsables de los abatidos niveles subjetivos de bienestar en la población limeña. Así puesta, ya no me parece una gran paradoja...

Es cierto que las cosas no son así de sencillas y que se puede (¡y debe!) complejizar la película con otros elementos. Como apunta una de las teorías que Schuldt presenta y suscribe, el bienestar de un individuo depende no sólo de su situación actual, sino también de sus aspiraciones. Recuerdo que un amigo contaba que en una típica conversación acerca de qué hacer si te ganaras la TINKA, uno de los presentes respondió entusiasmado: “¡Ese domingo sí que me compro medio pollo a la brasa!” (pues generalmente sólo le alcanzaba para comerse un cuarto de pollo).” La felicidad entonces sería un concepto relativo, y estaría definida como la brecha entre expectativas y realidad, es decir, como una variable con dos extremos móviles: el extremo de las aspiraciones, y el extremo de las realizaciones.

Elaborando sobre este tema, obtenemos una de las contribuciones más sugerentes del texto de Schuldt: el índice de frustración. A partir de los resultados de las encuestas de autopercepción de APOYO, el autor elabora un índice que compara las *expectativas de bienestar* que la población tuvo en el pasado sobre el presente, versus el *bienestar disfrutado* en el presente: es decir, el indicador compara “lo que la población esperaba en un determinado momento y lo que realmente logró” (p.229). Si el resultado es mayor a 1, la gente

---

<sup>1</sup> Estas hipótesis están desarrolladas en el capítulo IV del libro de Schuldt.

<sup>2</sup> Desde 1990, APOYO realiza encuestas de autopercepción del bienestar económico en Lima Metropolitana. Se pregunta sobre la situación económica actual, la situación económica actual en comparación al pasado (hace 6 o 12 meses), y la situación esperada en el futuro (dentro de 6 o 12 meses) en comparación con el presente. La mayoría de las encuestas tienen una frecuencia mensual, e incluyen datos por estrato, sexo y edad, lo cual las convierte en una valiosa fuente de información para las ciencias sociales.

esperaba más de lo que recibió y por lo tanto indica frustración. El promedio para el periodo 1990-2003 en Lima es 1.2 (con un mínimo de 0.98 y sólo debajo de 1 en tres casos), lo que revela permanente frustración en la población limeña. Esto lleva a Schuldt a concluir que *“las expectativas económicas y políticas de las personas han sido maltrechas en una y otra circunstancias por la cruda realidad a lo largo de –cuando menos– los últimos quince años”* (p. 241, original en cursivas) y que ésta sería una de las principales causas del desaliento capitalino. Es decir, el extremo de las realizaciones siempre habría resultado por debajo de lo deseado.

Sin embargo, estos resultados me sugieren una conclusión adicional y a lo mejor contradictoria a la del autor: me asombra la capacidad del limeño para proteger sus ilusiones de los continuos fracasos políticos y económicos a los que se enfrenta. Luego de doce años de decepciones, cualquiera habría ajustado sus expectativas a la baja; sin embargo, el limeño, terco y hasta insensato, parece aferrarse a ellas con uñas y dientes, y no parece haber Presidente de la República o Ministro de Economía que lo abata. El extremo de las aspiraciones, entonces, no ha cedido ante los permanentes contrasuelazos de la realidad. Me saco el sombrero. Y, al mismo tiempo, entro en un dilema. ¿Sería más deseable tener una población menos frustrada como resultado de sus chatas aspiraciones, que haría que la brecha expectativas-realidad se acorte? ¿Acaso sería un logro el hecho de tener familias más felices porque el padre se contenta con sueldo mínimo, la madre desistió ya de buscar empleo y los hijos se resignan a que la vida es así? En todo caso, el índice de frustración debería enriquecerse con ciertos parámetros mínimos que no nos muestren un espejismo de felicidad donde sólo hay ausencia de aspiraciones. Por lo tanto, y aquí mi discrepancia con el autor, la satisfacción sería no sólo una cuestión relativa representada como la brecha entre aspiraciones y realizaciones, sino también un concepto absoluto, en el que debemos imaginar algún mecanismo para definir ciertas “aspiraciones mínimas”, por ponerlo de algún modo.

El libro remata con una sección de conclusiones que el autor aspira que sea sugerente y ofrezca un punto de partida para una agenda de investigación futura. Debo confesarlo: en mi caso resultó. Además de la reflexión sobre la brecha aspiraciones/realizaciones arriba mencionada, este libro abre muchas puertas de reflexión, tanto teóricas como prácticas. Para finalizar este breve texto, rescato algunas de ellas.

Primero, el libro nos refresca la memoria sobre un punto que a veces se pierde en el quehacer cotidiano de muchos economistas, envueltos en la medición del PIB, la evolución de las tasas de interés, o en los avances y retrocesos de la pobreza extrema: ninguna de estas cifras representa en sí misma el fin último de la economía. ¿Y cuál es este fin último? Mayor felicidad, opinaría Easterlin; más libertad, rebatiría Sen; justicia exclamaría Rawls; bienestar; en fin... Este es un complejo y fascinante debate que contrasta distintos sistemas de valores y, por lo tanto, no tenemos en el horizonte ninguna solución única y definitiva. Sin

embargo, el simple hecho de reconocer que la finalidad de la economía no es *cuadrar bien las cuentas* sino contribuir a *aumentar la humanidad de los seres humanos* (sea ésta felicidad, libertad, justicia o lo que fuera) ya es un avance cualitativo.

Segundo, el libro formula también algunas conclusiones concretas para los hacedores de políticas. Por un lado, parece evidente que el PIB per cápita no es una proxy muy confiable del bienestar, mientras que ciertas variables de empleo y remuneraciones tienen una alta correlación con aquél. Por otro lado, es necesario mantener en perspectiva los resultados macro, incluso los datos de empleo y remuneraciones, e incentivar el uso de fuentes de información adicionales que puedan enriquecer la comprensión sobre lo que ocurre a nivel microeconómico, por ejemplo las encuestas de autopercepción de bienestar.

Finalmente, hay otros temas que el libro plantea que no son evidentemente teórico-conceptuales como el primer punto, ni terriblemente prácticos como el segundo. Por ejemplo, me pregunto hasta qué punto es posible transferir a la práctica las conclusiones del libro. Estoy de acuerdo, el PIB per capita es sólo un burdo reflejo, si eso, de la felicidad. Estados Unidos va a rebasar los US\$ 40,000 de PIB per capita muy pronto, sin ostentar mayores niveles de felicidad que Nigeria<sup>3</sup>, un país que no llega a US\$ 400. ¿Significa esto que nuestros Ministerios de Economía, Salud o Educación deben desechar sus indicadores de ingreso por habitante y necesidades básicas insatisfechas, y que de ahora en adelante deben diseñar y guiar las políticas públicas a partir de encuestas sobre autopercepciones de felicidad, o de acuerdo a índices de frustración? Sólo para poner un ejemplo: hace poco, mi hermano hizo una encuesta en la Comunidad de San Francisco (Yarinacocha, Ucayali), donde vive y trabaja hace seis meses, sobre los servicios de salud y educación en la comunidad. La desabastecida posta con un médico itinerante y el colegio primario carente de materiales educativos básicos y profesores con urgente necesidad de capacitación, no son precisamente para estar orgullosos. Sin embargo, de acuerdo con la encuesta, la comunidad está satisfecha y responde en su mayoría que los servicios ofrecidos son “buenos” o “muy buenos”. ¿Nos quedamos tranquilos con su satisfacción?

Cuando la economía se encuentra con las políticas públicas, lamentablemente, no hay discusión sobre la felicidad que valga. La responsabilidad del Estado no es incrementar la felicidad: no es ni deseable ni posible que el Estado entre a tallar en esta cuestión. ¿Quién definiría qué es y cuáles son sus determinantes? ¿Hay estándares mínimos? ¿Es un concepto relativo o absoluto? ¿Cómo la mediríamos? (si es difícil incluso medir las raciones del vaso de leche que se reparten, ¡imagínense los indicadores de resultados e impacto de políticas para

---

<sup>3</sup> Nigeria es, según Inglehart, profesor de la Universidad de Michigan Ann Arbor y director de la Encuesta Mundial de Valores, el país más feliz de la tierra. Ronald Inglehart et al. (eds.) *Human beliefs and values: A cross cultural sourcebook based on the 1999-2002 Values Survey*. Mexico City: Siglo XXI, 2004.

incrementar la felicidad!). Más que en términos de felicidad, los funcionarios públicos deben pensar en términos de bienestar y justicia, y para ello son útiles ciertos indicadores tradicionales de ingresos y calidad de vida.

La llamada de atención de Schuldt sobre el descalce entre cifras macro y micro y la necesidad de incluir índices de frustración relativa y nuevos indicadores de bienestar subjetivo es válida, como complemento de las fuentes de información tradicionales. Sin duda éstos nos darían un cuadro más completo y un análisis más profundo de los resultados macroeconómicos. Pero cuidado con traspasar la débil frontera hacia la esfera personal: lo último que deseo es un burócrata encargado de mi felicidad. ¿Y usted?